El sistema político mexicano

OSCAR GUADALUPE MILLÁN TAMAYO



Hablar de poder representa un tema con una extensa tradición en las Ciencias Sociales. Autores de gran relevancia histórica han tratado el tema desde diferentes vertientes; por ejemplo, encontramos a Platón con una estricta relación entre la sabiduría y el bien común en el ejercicio del poder.

En cambio, observamos otras perspectivas que distan de lo anterior, como la de Nicolás Maquiavelo, quien veía una relación más objetiva y analítica del poder con la política, donde lo que prevalecía era la idea de ascender al poder y ejercerlo sin que existieran limitaciones morales de por medio. Resulta pertinente señalar a otros autores más contemporáneos como Hannah Arendt o Michel Foucault, o algunos más clásicos como Max Weber o Thomas Hobbes. Aunque es posible señalar grandes diferencias en sus obras, todos ellos coinciden en lo esencial: la existencia del poder se relaciona con la capacidad de los individuos de imponer su voluntad sobre la de otros.

Aterrizar la idea del poder a través de la política es algo natural: son dos fuerzas que siempre estarán en conexión. Sin embargo, el ejercicio contemporáneo del poder a través de la política confunde a los ciudadanos. En México las experiencias democráticas parecen no satisfacer las necesidades de los ciudadanos. Encontramos muy pocos periodos de verdadera vida democrática en el país, ya que hemos tenido en nuestra historia experiencias de monarquías con Agustín de Iturbide y Maximiliano de Habsburgo, así como dictaduras como el famoso Porfiriato o los gobiernos de Antonio López de Santa Anna y de Victoriano Huerta, que derivaron en que la política mexicana requiriera mecanismos más sofisticados y democráticos para ascender al poder. Esto generó que, en 1929, con la presidencia de Plutarco Elías Calles, y hasta el 2000, el PRI fuera el partido político que tuvo en sus manos el ejercicio del poder. Cabe especificar que, a pesar de que dicho partido cambió su nombre de PNR a PRM y posteriormente a PRI, en realidad era el mismo partido el que continuaba en el poder; este periodo fue catalogado por Mario Vargas Llosa como “la dictadura perfecta”.

Posteriormente, desde el 2000 hasta la actualidad, han existido ciertos periodos de transición en la Presidencia de la República: han gobernado nuevos partidos políticos como el PAN (2000-2012), tuvimos el regreso del PRI (2012-2018) y finalmente el ascenso de MORENA (2018-actualidad) como un nuevo partido político con la oportunidad de ejercer el poder a través de la política de México.

A pesar de que los tiempos evolucionan y que en apariencia contamos con procesos democráticos y de transición política con partidos políticos nuevos y de ideologías diferentes, pareciera existir algo que siempre sobrevive a los años, los políticos, las tecnologías, las ciudadanías o las realidades, algo que podemos pensar y denominar como sistema político. Esta especie de "monstruo político" parece moldear a todo individuo que quiere modificarlo o, inclusive, este mismo sistema extermina a todo aquel que le incomoda para que siga funcionando, como muestran los ejemplos históricos de Francisco I. Madero, Álvaro Obregón o Luis Donaldo Colosio. Por supuesto que, en términos literales, no son las mismas personas las que han perdurado en el tiempo y que manejan la política del país. En la realidad, las personas, sus nombres, los colores y las instituciones cambian, pero prevalecen siempre las prácticas, que son las que alimentan y dan vida al sistema político, como la corrupción o la impunidad. Esta última tiene una increíble tasa de más del 90%, según diferentes organizaciones como Impunidad Cero o México Evalúa; es decir, solo 1 de cada 10 delitos en el país se castiga.

Es entendible y justificado el desencanto de la ciudadanía mexicana con su política. El sistema político que se ha construido a través de la historia cada vez crece más y se apodera de las consciencias de los individuos. Las prácticas más sutiles, como las mentiras, o hasta las más condenables, como los asesinatos, prevalecen en el país. El resultado de todo esto se manifiesta en la baja participación electoral en cada elección (aproximadamente 61% para las elecciones presidenciales y 47% en las intermedias), en los mecanismos de participación ciudadana que se encuentran en la ley, pero que no se aplican en la realidad. También, el mismo sistema político induce a la ciudadanía a desentenderse de los asuntos públicos nacionales y genera apatía por la situación de pobreza o precariedad de la sociedad mexicana.

Adicionalmente, tiene incidencia en la confianza de la ciudadanía en las instituciones políticas del país. En la más reciente Encuesta Nacional de Confianza en la Administración Pública (ENCOAP) de 2025 se reveló que los partidos políticos (46%) y los diputados y senadores (39.6%) son los actores de los que más desconfían los ciudadanos mexicanos.

Los efectos del sistema político son más visibles en cada elección de México. Los asesinatos, amenazas y violencia en general son cada vez más constantes. La idea de matar como un medio para pertenecer al sistema es algo que resulta más atractivo para muchos, ya que la incidencia de la violencia en las elecciones de nuestro país es cada vez más alarmante. También se observa su incidencia en el Estado de derecho: según el World Justice Project, México se posiciona en el lugar 125 de 143 países estudiados a través del Índice de Estado de Derecho en el mundo.

Las prácticas del sistema político mexicano, como la corrupción, la impunidad, las mentiras y la violencia, son perpetuas. Sin lugar a dudas, es posible afirmar que Platón se equivocó en México. El poder no se ejerce a través de la sabiduría ni mucho menos pensando en el bien común. Nuestra realidad es otra, más cercana a una película de terror en donde lo que siempre prevalece es el sistema político mexicano.

